

á las calles y los asesinó sin piedad, ó en sus domicilios y rodeados de sus familias implacablemente sacrificadas; la campana de San Germán tocaba á rebato á intervalos. Guisa y sus cómplices mataron á Coligni y los suyos; Enrique de Navarra y Condé abjuraron en el Louvre para salvar sus vidas. Los asesinatos duraron varios días en París y se repitieron en las provincias; veinte ó treinta mil protestantes fueron víctimas del furor católico. Tal fué el inextinguible crimen de la noche de San Bartolomé; en Europa, aun entre los mismos católicos, produjo espanto; muchos aplaudieron, sin embargo, entre ellos ¡ay! el Padre Santo (Gregorio XIII).

*La Liga.*—El crimen fué inútil; poco tiempo después la reina solicitaba aún la alianza de Inglaterra, auxiliaba á los orangistas en los Países Bajos, se encontraba con las huestes protestantes vigorosas como nunca y seguía la guerra civil. Murió entretanto Carlos IX, y su hermano Anjou, nombrado recientemente rey de Polonia, abandonó sus Estados y ocupó el trono de Francia con el nombre de Enrique III; príncipe inteligente y valeroso, pero personificación de la malicia, de la negligencia, del sensualismo más refinado, el nuevo rey estaba destinado á terminar con la figura de un afeminado é impuro barbilindo la galería de los Valois. Por lo pronto se manifestó contrario á los hugonotes y siguieron las guerras su papel devastador, mientras el monarca rodeado de *miñones* gastaba en sus deportes millones de libras que dejaban exhausto el tesoro.—Los hugonotes tuvieron entonces el auxilio de los *políticos*, el antiguo partido de L'Hopital, que el horror de *San Bartolomé* había hecho renacer y que tenía por jefe oficial al duque de Alenzon, hermano del rey, el por tanto tiempo prometido esposo de Isabel de Inglaterra, príncipe egoísta y sin valor. Pronto se celebró una paz favorable á los protestantes que creaba un feudalismo nuevo, el de los gobernadores de provincias; pero los católicos formaron *ligas* para defender la religión, y estas ligas, pronto extendidas por la Francia entera, reconocían por jefe á Enrique de Guisa; su objeto, de acuerdo con el rey de España, era antidinástico: derrocar ó gobernar á los Valois, y más tarde impedir que el hugonote Borbón subiese al trono: además, un soplo democrático oreaba el suelo francés ensangrentado por las guerras de religión, y católicos y protestantes veían con desprecio á la monarquía. Así, feudalismo, democratismo, ligas de combate, irremediables disidencias religiosas, intervención solapada de España para atizar la lucha, y falta completa de administración, este era el cuadro que representaba Francia por el año de 1580.

La muerte del duque de Anjou (exduque de Alenzon) precipitó la cristalización de todos estos irreconciliables elementos, porque colocó á Enrique de Navarra en la vecindad del trono. Felipe II con su dinero y el Papa con

sus excomuniones, coadyuvaron al plan de *los ligueros*, que no era más que un factor en el avance general del catolicismo sobre los protestantes en la Europa entera, efecto de la reconquista de los Países Bajos por Farnesio. Los ligueros lograron apoderarse de París, de donde el rey, que primero se había declarado jefe de la liga, tuvo que huir; Guisa le obligó á nombrarlo general de todas las fuerzas del reino y á reconocer al cardenal de Borbón, un verdadero manequí, heredero presunto del trono. Pero el espantoso fracaso de la *Invencible armada* dió alas nuevas al protestantismo, y los hugonotes recibieron de Isabel auxilios que Felipe II no podía dar á los ligueros. En 1588 convocó Enrique III á los Estados Generales que se reunieron en Blois; allí hizo asesinar á Enrique de Guisa, atentado que causó frenética exaltación en los ligueros, que se declararon en plena rebelión. El rey, unido con Enrique de Navarra, puso sitio á París; un fanático lo asesinó y en consecuencia el príncipe hugonote fué rey legítimo de Francia (1589). A pesar de haber obtenido señaladas victorias contra los ligueros, que se habían declarado súbditos del cardenal de Borbón, Enrique tuvo que abandonar sus planes ante las tropas de Farnesio. Pero á fuerza de constancia y de política, logró realizar sus deseos; se convirtió solemnemente al catolicismo y en 1594 se apoderó de París.

8. *Enrique IV.*—En el gascón frívolo y galanteador, indiferente en asuntos religiosos, con muy buen sentido y muy turbias nociones morales, la lucha posterior con los Valois reveló al soldado prudente y al diestro diplomático; la última guerra de religión, al capitán admirable; y su gobierno, después del triunfo, puso de resalto, en medio de los persistentes defectos del hombre de placer, al político inteligente, al administrador genial, al gran rey, más popular después de muerto que antes, sin embargo.—Felipe II no se dió por vencido con la toma de París; aun probó á recuperar el terreno perdido en Francia, si bien descorazonado ya por el reconocimiento que del derecho real de Enrique había hecho el Papa; por fin celebró con él la paz de Vervins (1598) y los españoles desocuparon todo el territorio francés.

Con varios obstáculos magnos tenía que luchar el rey de Francia en el interior; la república militar protestante, llena de recelo desde la conversión de su jefe, se armaba y organizaba mejor cada día; el feudalismo nuevo, hugonote ó católico, compuesto de los nobles, gobernadores hereditarios de provincias, se arrogaba el ejercicio de los derechos del soberano en toda la extensión del territorio; á esto se agregaba la actitud hostil del clero, la indisciplina del ejército, el desorden espantoso de la hacienda y la desesperante miseria del pueblo. A todo acudió Enrique y en todo dejó su benéfica marca. Resolvió la cuestión de los protestantes por medio de un *modus vivendi*, que les deja-

ba el libre ejercicio del culto reformado en doscientas plazas, en que ellos dominaban, pero que gobernaba un oficial real, y reconoció la igualdad de derechos civiles y políticos de hugonotes y católicos; este tratado de paz entre la monarquía y el grupo hugonote se llamó el *Edicto de Nantes*.—Abolió los gobiernos hereditarios y amenazó con duras penas á los que cobrasen impuestos que sólo al rey competían; la nobleza, despojada, tramó una inmensa maquinación en que entró España; á la cabeza de esta conjura estaba el mariscal Biron, que Enrique capturó é hizo ejecutar, y algún tiempo después á otro gran señor protestante, Bouillon, dueño de Sedan, ciudad que Enrique confiscó; la nobleza quedó, si no desarmada, sí sometida.

Asesorado por Maximiliano de Bethune (Sully), reformó el ejército reduciéndolo y organizándolo perfectamente, y trazando el primer esbozo de las fronteras militares que había de erigir más tarde la ciencia de Vauban. A pesar de un perpetuo cambio de amabilidades con el Papa, de haber permitido la vuelta de los jesuitas y de otras concesiones, no quiso renunciar al *concordato* que ponía al clero francés y, sobre todo, á la jurisdicción eclesiástica bajo la dependencia del rey (aunque no tanto como en España), ni permitió la publicación del Concilio tridentino, ni admitió la Inquisición; fué su política interior marcadamente católica, cierto, pero no ultramontana.—En lo que Sully (que se jacta en sus memorias de una influencia mucho mayor de la que en realidad tenía) puso todo su afán, fué en la organización de la hacienda pública, disminuyendo los impuestos, pero haciéndolos recaudar rigurosamente; aunque recurriendo también, por desgracia, á la venta de ciertos empleos en propiedad hereditaria, germen de ruina, como se demostró antes de que el siglo concluyera. Pero lo que en realidad ayudó á amortizar la deuda, á equilibrar el presupuesto y á formar el tesoro de guerra, fué el vello que tomó la prosperidad nacional. La agricultura y la ganadería, las dos tetas de Francia, como decía Sully, fueron protegidas con ahinco; contra la opinión de Sully el rey protegió la industria, y de entonces datan centros industriales de primer orden como París y Lyon; la política comercial, tampoco aconsejada por el ministro, fué una notabilísima creación de Enrique IV; basada sobre un régimen liberal, que forma un contraste sorprendente con el que entonces seguía España, hizo subir como por ensalmo la riqueza pública; dueño el comercio francés de grandes franquicias en las escalas de Levante, puede decirse que gobernó el movimiento mercantil del Mediterráneo, y Marsella fué desde entonces muy superior á Venecia.

Enrique protegió la expansión colonial de Francia en América; grupos de colonos por quienes los indios mostraban simpatía, porque los trataban, no co-

mo á enemigos, como los ingleses, ni como menores, á la usanza española, sino como iguales, dominaron la cuenca del San Lorenzo y fundaron á Quebec; con el tiempo esas colonias tendieron á extenderse por la cuenca del Missisipi.—Enrique tenía también *su gran designio*, tema nacional de la política francesa durante siglo y medio: la destrucción del predominio de los Habsburgos, cuya sombra cercaba las fronteras de Francia. Preparóse á realizarlo en una gran guerra, que, por desgracia era mal vista por los franceses ultramontanos; les parecía una nueva guerra de religión contra el catolicismo; de ahí los sermones furibundos, la hostilidad implacable, en que se distinguían, sobre todo, los jesuitas, la milicia del Papa; un fanático, exaltado por estas prédicas y quizás imbuído en las ideas de algunos padres de la Compañía que consideraban lícito el tiranicidio, mató á Enrique IV en una calle de París en 1610.

9.—*Decadencia de la monarquía española*.—Felipe II, cuya figura grave y cada vez más sombría, se delinea en el fondo de todos los cuadros de esta dramática edad, cuando no ocupa sus primeros términos, había muerto doce años hacía cuando fué asesinado el rey de Francia. D. Felipe el Prudente (así le llamaron algunos cronistas españoles) no había recibido la bendición del cielo en sus designios; salvó, se dice, por medio de las hogueras del Santo Oficio, la unidad católica de España (á costa, es cierto, de su fecundidad filosófica y científica, es decir, invalidándola para tomar parte principal en la faz moderna de la civilización general), pero, ya lo dijimos, ni la falta absoluta de unidad religiosa es un mal, sino al contrario, un modo de estimular y de acendrar la creencia nacional; ni la unidad relativa se habría perdido, como no se perdió en Francia, mucho más expuesta sin embargo; ni esta unidad obtenida por la fuerza podía preparar otra cosa que la disolución de toda creencia á que se encamina ya España; ni todas las unidades religiosas del mundo pueden pesar, en la balanza de la moral pura, mas que el sacrificio de un inocente por su fe; tal era, al menos, la opinión de los mártires cuando los emperadores romanos los hacían morir, para conservar la unidad religiosa del imperio. No; no bendijo el cielo su programa; fracasó en sus tentativas de someter á los Países Bajos, á pesar de ser sus generales y soldados los primeros del mundo; fracasó en su intención de destruir el reinado del protestantismo en Inglaterra con la destrucción de la armada vencedora en Lepanto y las Terceras, y el naufragio irreparable del poder marítimo de España; fracasó en su empresa de debilitar á Francia para subordinársela, porque Francia, á pesar de Felipe, salió de las guerras de religión más vigorosa que nunca. Y fracasó en su obra interior de fortificar á su España por medio del absolutismo.

Felipe II unió la península entera bajo su gobierno: Portugal, que se había formado un vasto imperio colonial en Oriente, gracias á la buena estrella de sus reyes y á la audacia de sus navegantes, se encontró sin monarca, puede decirse, gracias á la insensatez caballeresca de D. Sebastián, muerto en la lucha em-

peñada contra los marroquíes (1578). Mientras su anciano y efímero sucesor, el cardenal D. Enrique, moría, disputábanse el trono, Felipe II, apoyado por un ejército que mandaba el viejo duque de Alba, y el bastardo D. Antonio; en tanto el duque de Braganza, que podía alegar mejor derecho que ambos, se mantenía retraído por temor al rey de España. La nobleza y el clero alto apoyaron á Felipe en las Cortes; pero la burguesía se sublevó; vencida la causa de la Patria y ahogado en sangre todo conato de resistencia, Portugal tuvo por rey á Felipe II. Por su sistema de opresión, y más que todo por los resultados que tuvo para Portugal el convertirse en un esquiife remoleado por la nave del rey católico, resultó, desde entonces, más profunda que lo había nunca sido, la división moral entre los dos pueblos, y fué la separación de España la causa nacional por excelencia. En vano el marqués de Santa Cruz había vencido en las Terceras (Azores) las fuerzas reunidas de Inglaterra y Francia; los corsarios ingleses amenazaron y saquearon constantemente los litorales portugueses, que ya eran españoles, y arruinaron para siempre su marina mercante. Los holandeses, objeto del odio de Felipe, hicieron más; se apoderaron de casi todas las magníficas posesiones coloniales de Portugal en Africa, Asia y los archipiélagos australes, cegando, para siempre también, la fuente principal de aquella riqueza, cuyo desenvolvimiento había hecho la grandeza del pequeño reino que ya no se recobró de tamaña pérdida. Así, pues, usurpación, conquista, opresión, ruina definitiva, estas palabras sintetizan la empresa de Felipe en Portugal y sus resultados.

Pero aquel gran impasible lo plegaba todo al logro de su designio de hegemonía católica; á este designio, que era su *razón de estado*, había sacrificado á su hijo. Nos referimos á D. Carlos, el hijo de su primer matrimonio, de quien el drama (Schiller), la música (Verdi) y multitud de novelescas narraciones han hecho la heroica víctima de un amor desgraciado con su madrastra Isabel de Valois. No hay en todo más que una fábula, sin ápice de verdad. (Véanse los estudios documentados de Gachard, el gran archivista belga que ha transformado la historia de Felipe II; los del conde de Mouy y del profesor Maurenbrecher.) D. Carlos nació contrahecho de alma y cuerpo; su educación no fué para corregir estos desperfectos, ni para neutralizar la vesania hereditaria; cuando fué adolescente dió muestras de incurable desequilibrio y de instintos deplorables; algunos conatos de emanciparse, fueron interpretados como signos ciertos de locura; un golpe terrible en la cabeza tuvo por resultado aumentar su debilidad mental. El rey lo observaba, triste y fríamente, sin ternura y sin esperanza, retardando los casamientos en proyecto, por no confesar que creía á su hijo incapacitado física y mentalmente; ¡un loco parecía un castigo de

Dios en una familia; era vergonzoso confesar tal cosa! Por fin el rey juzgó que la monomanía del viaje á Flandes en que había caído el príncipe y sus tentativas de evasión, exigían una providencia suprema para evitar el trastorno del Estado. Felipe personalmente, frío, severo é implacable, prendió á su hijo y lo encerró para siempre. Del tratamiento usado con el loco no tenía el rey la culpa, sino la ignorancia de la época; de la conducta con el hijo era causa la razón de estado; pero de las condescendencias homicidas con el prisionero, del permiso de comer brutalmente, de usar inmoderadamente del hielo, sabiendo que todo ello podía ser mortal (de todo estaba informado el rey) ¿quién es responsable? el padre, que sin duda se había hecho ya el ánimo de que su hijo muriera y que debía de considerar esto como una bendición. Efectivamente, el príncipe murió á los seis meses de encierro, en 1568. Fué el suyo una especie de suicidio que su padre vió impasible. Este es el fallo justo en este proceso siniestro.

En medio del marasmo político y social que el régimen agotante de Felipe producía ya en España, hubo un acto de vitalidad reprimido con mano férrea. Un ciudadano aragonés, antiguo secretario del rey, Antonio Pérez, que había arrancado á su amo, engañándolo, la orden de asesinar á Escobedo, el infeliz secretario de D. Juan de Austria (modo de hacer justicia que D. Felipe creía que estaba en sus atribuciones semi-divinas), después de caer en desgracia, huyó de la prisión y se refugió en el reino aragonés, acudiendo al amparo del Justicia Mayor; la Inquisición quiso atraparlo, pero una y otra sedición en que los nobles tomaron parte activa, proporcionaron á Pérez la salvación en la fuga, mientras las tropas reales batían á los rebeldes; D. Juan de Lanuza, mantenedor de los derechos de su encargo de Justicia Mayor, fué decapitado, y aunque en apariencia el rey respetó los fueros y la Constitución peculiar del reino, de hecho esta Constitución no fué ya más que una sombra (1592). Pérez publicó en Francia los secretos íntimos de D. Felipe, y la honra de la princesa de Eboli, que pasó el resto de su vida en la prisión, quedó maltrecha en estos lances (v. Mignet y F. Duro sobre Pérez, y sobre la supuesta pasión de D. Felipe por la de Eboli, el libro de Muro).

Arruinado por la gota y por una larga consunción, D. Felipe, no sin la austera dignidad que había sido como el manto regió de su vida, falleció en el palacio-monasterio del Escorial, cuatro meses después de haber sancionado la ruina de su programa de dominación universal en el tratado de Vervins (1597). Dejaba el trono á su hijo Felipe III, símbolo vivo de la irremediable decadencia de la gran nación que D. Felipe había sacrificado á lo que él creía su deber como rey católico.

Hemos mencionado el Escorial; esta obra resume la naciente grandeza artística de España: es una construcción colosal de granito, al pie de fragosa sierra; desnuda y fría como un convento, de austera é imponente fachada, encierra en su interior un templo grandioso coronado por soberbia cúpula, y el templo guarda en sus cimientos el panteón de los reyes. Una serie de edificios claustrales componen el resto de la obra aun no acabada. El rey era apasionado por el arte, por la pintura sobre todo, y la vejez del Tiziano casi por entero se absorbió en telas de mérito desigual pintadas para D. Felipe; el Escorial se vistió de pinturas italianas y algunas españolas; y al mismo tiempo que todos los mejores talleres de Italia y Flandes trabajaban para el palacio fúnebre del rey católico, todas las canteras españolas enviaban sus mármoles, América sus maderas, las fábricas sus telas y los conventos sus bordados primorosos, para que todo estuviere listo á la vez en la obra que el rey vigilaba sin cesar, haciendo converger tanto trabajo humano hacia la concepción ascética que se había formado de la vida y á la que conformaba su gusto estético, frecuentemente extraviado por ende. La vasta colmena industrial y artística que se formó en el Escorial en construcción, tuvo buena parte en la promoción del gusto por el arte, y esto influyó por extremo en el vuelo que tomaron las artes del diseño en el periodo siguiente. — En el Escorial se colocó en suntuosa estancia la biblioteca que había sido del célebre filólogo Arias Montano y que se enriqueció sin cesar. No hay que caer en la vulgaridad de afirmar que el régimen inquisitorial de los Austrias prohibiera el adelantamiento científico; lejos de esto, Felipe tuvo empeño en protegerlo, haciendo estudiar la topografía de la Península, enviando expediciones de botanistas á América, en donde se levantaron colegios bajo sus auspicios, así como, con la organización del Archivo de Simancas, prestó inapreciable servicio á las ciencias históricas. El mal que hizo el régimen inquisitorial á la ciencia, provino de que saturó la atmósfera de intolerancia y la hizo irrespirable para la libre investigación. De aquí resultó que toda la energía del intelecto español tuvo por órgano único, puede decirse, la literatura á la que la Inquisición sólo chamuscó de cuando en cuando la punta de las alas. — La lengua, acrisolada ya y fija y pura, da entrada, gracias al contacto con el Renacimiento italiano, á una producción literaria tan rica y de tan maravilloso aliento, que, á principios del siglo siguiente, la encontramos conquistando en la Europa latina la hegemonía literaria de España, precisamente cuando perdía para siempre su hegemonía política. Baste recordar que el siglo XVI español tuvo en su aurora á Garcilaso, ese hijo divino de Virgilio; que de sus aspiraciones místicas nacieron el inefable poeta San Juan de la Cruz, la sana y profunda y ardiente prosa

de Teresa de Jesús, y, entre el misticismo y el humanismo, el incomparable Luis de León; que el cantor de Lepanto se llamó Herrera; que el profeta de la canonización de Felipe II se llamó Argensola; que Rodrigo de Caro cantó las ruinas de Itálica, y el dulce Francisco de la Torre compuso sus deleitosas cantinelas. Baste recordar que Mariana escribió entonces su historia de España, y que bajo la pluma de rudos soldados, como Cortés y Bernal Díaz, corre el raudal clarísimo de la lengua castellana con esa abundancia y espontaneidad de expresión de que los hombres de aquella época parece que se llevaron el secreto. En suma, el ocaso del siglo XVI fué la aurora de Lope de Vega y de Cervantes.

Pero no fué sola la cultura católica la que enriqueció con obras imperecederas el acervo intelectual del siglo XVI; mientras en Francia, como lo dijimos ya, los escépticos y los disidentes (Rabelais, Montaigne, Calvino, Bézé) fundaban la prosa, en Inglaterra llegaba la poesía lírica á los supremos peldaños del arte con el puritano Spenser y se colocaba encima de otros que habían trazado ya geniales esbozos de una dramática nueva, *William Shakespeare*, el hombre que ha penetrado más al fondo de los abismos del corazón humano, para sorprender los elementos irreductibles del sentimiento y la pasión, y combinar con ellos, gracias á la más poderosa imaginación creadora que hubo jamás, los tipos y los episodios inmortales de sus dramas. ¡Qué siglo, qué acontecimientos, qué hombres; todo suscitado por unos cuantos libros traducidos de los griegos y los latinos, llevados á todas las manos por la invención de Gutenberg!

BIBLIOGRAFIA. — Además de las indicaciones ya hechas en el texto, véanse, como obras generales: *Burckhardt*, el Renacimiento; *Geiger*, ídem; *Zeller*, ídem; *Muntz*, Historia del arte, y los admirables capítulos de *Michelet*, sobre el R. en su Historia de Francia. *Harrise*, Cristóbal Colón; *ídem*, El Descubrimiento de la América del Norte. *F. Duro*, Colón y la historia póstuma; *E. Castelar*, la Revolución Religiosa (libro que debe rehacerse en varias de sus partes, pero maravillosamente escrito); *Merle*, Historia de la Reforma; *Janssen*, ídem; *Ranke*, Historia de Francia; del siglo XVI; del Papado; *De Meaux*, Historia de la Reforma en Francia; *ídem*, Historia de la Reforma en Europa. *C. Joly*, Historia de la Compañía de Jesús; *Hergenrother*, Historia de la Iglesia (5º, v. tr. esp.); *Philippson*, la Contra Revolución religiosa; *ídem*, la Europa occidental en el siglo XVI; *Henry Martin*, Historia de Francia; *Lafuente*, Historia de España; *Green*, Historia de Inglaterra. — *Histoire générale* de Lavis et Rambaud.